

Puede que fuera una forma de locura, puede que realmente estuviera obsesionado, o puede que —aunque no pretendo entender cómo— haya sido el desarrollo, a través de un intenso sufrimiento, de un sexto sentido en una naturaleza muy nerviosa y muy sensible. Algo ciertamente lo llevó a donde estaban Ellos. Y para él Todos eran uno.

Me contó la primera parte de la historia. La última parte la vi con mis propios ojos.

I

Haldane y yo éramos amigos incluso en nuestros días de escuela. Lo primero que nos unió fue nuestro odio común hacia Visger, que venía de nuestra parte del país. Era la persona más intolerable, niño y hombre, que he conocido. No decía una mentira. Y eso estaba bien, pero no se detenía allí. Si le preguntaban si algún otro tipo había hecho algo, si se había salido de los límites o si había hecho alguna clase de broma, siempre decía: «No lo sé, señor, pero creo que sí». Lo que él creía siempre era correcto. Recuerdo que Haldane le retorció el brazo para que dijera cómo sabía lo del cerezo, y él sólo dijo: «No lo sé; estoy seguro». Y tenía razón, ¿entiende?. ¿Qué se puede hacer con un chico así?

Crecimos para ser hombres. Al menos Haldane y yo lo hicimos. Visger creció para ser un mojigato. Era vegetariano y abstemio, un fanático de la Ciencia Cristiana, pero no era un mojigato común. Sabía todo tipo de cosas que no debería haber sabido, que no podría haber sabido de ninguna manera ordinaria y decente. No es que descubriera cosas; simplemente las sabía. Una vez, cuando yo estaba muy triste, él entró en mi habitación (estábamos todos en nuestro último año en Oxford) y habló de cosas que yo apenas entendía. Ésa fue realmente la razón por la que fui a la India ese invierno.

Estuve fuera más de un año. Al regresar, pensé mucho en lo maravilloso que sería volver a ver al viejo Haldane. Si pensaba en Visger, deseaba que estuviera muerto, pero no pensaba mucho en él.

Quería ver a Haldane. Siempre fue un tipo tan alegre, amable, sencillo, honorable, tenso y lleno de simpatías prácticas. Anhelaba verlo, ver la sonrisa en sus alegres ojos azules que miraban desde la red de arrugas que la risa había formado alrededor, oírlo y sentir el buen apretón de su gran mano. Fui directamente de los muelles a sus aposentos en Gray's Inn, y lo encontré frío, pálido, anémico, con ojos apagados y una mano flácida, labios pálidos que sonreían sin alegría y expresaban una bienvenida anodina.

Estaba rodeado de un montón de muebles desordenados y efectos personales a medio embalar. Había unas cajas grandes atadas con cuerdas y estanterías de libros.

—Sí, me voy —dijo—. No soporto estas habitaciones. Hay algo extraño en ellas, algo diabólico.

El crepúsculo otoñal llenaba de sombras los rincones.

—Tienes las pieles —dije, sólo por decir algo, porque vi la gran caja que las contenía.

—¿Pielés? —dijo—. Oh, sí. Muchas gracias. Sí. Me olvidé de las pieles.

Se rió, supongo que por cortesía, porque no era broma lo de las pieles. Eran muchas y de buena calidad, las mejores que podía conseguir con mi dinero, y las había visto empaquetadas y enviadas cuando tenía el corazón muy apenado. Se quedó mirándome y no dijo nada.

—Vamos a cenar algo —dije con toda la alegría que pude.

—Estoy demasiado ocupado —respondió, después de una breve pausa y de echar un vistazo a la habitación—. Mira, me alegro muchísimo de verte. Si pudieras pasarte y pedir la cena...

Fui.

Cuando volví había despejado un espacio cerca del fuego y había trasladado allí su gran mesa de entrada. Cenamos a la luz de las velas. Traté de ser divertido. Estoy seguro de que él también lo intentó. Ninguno de los dos lo logró. Sus ojos demacrados me observaban todo el tiempo, salvo en esos fugaces momentos en los que, sin girar la cabeza, miraba por encima del hombro hacia las sombras que se agolpaban alrededor del pequeño lugar iluminado donde estábamos sentados.

Cuando terminamos de cenar y el hombre vino a retirar los platos, miré a Haldane con mucha atención, de modo que se detuvo en una anécdota sin sentido y me miró interrogativamente.

—¿Y bien? —dije.

—No me estás escuchando —dijo petulantemente—. ¿Qué pasa?

—Eso es lo que quiero que me digas —dije.

Se quedó callado, lanzó una de esas miradas furtivas a las sombras y se agachó para atizar el fuego.

—Estás hecho pedazos —dije alegremente—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Vino? ¿Jugando a las cartas? ¿Especulando? ¿Una mujer? Si no me lo quieres decir, tendrás que decírselo a tu médico. Pero, querido amigo, estás hecho un desastre.

—Eres un buen amigo para tener en casa —dijo, y sonrió con una sonrisa mecánica que no resultaba nada agradable de ver.

—Creo que soy el amigo que buscas —dije—. ¿Crees que soy ciego? Algo ha ido mal. ¿Morfina, tal vez? Y has estado dándole vueltas al asunto hasta perder todo sentido de la proporción. Déjalo ya, amigo. Te apuesto un dólar a que no es tan malo como crees.

—Si pudiera decírtelo a ti... o a cualquiera —dijo lentamente—, no sería tan malo como es. Si pudiera decírselo a alguien, te lo diría a ti. Y, aun así, te he dicho más a ti que a cualquier otra persona.

No pude sacarle nada más, pero me presionó para que me quedara. Me habría dado su cama pero yo había alquilado mi habitación en el Victoria y esperaba cartas. Así que lo dejé, bastante tarde, y él se quedó de pie en las escaleras, sosteniendo una vela sobre la barandilla para iluminarme.

Cuando volví a la mañana siguiente, ya no estaba. Unos hombres estaban trasladando sus muebles a un gran furgón que tenía pintado en letras grandes el nombre de alguien. No le había dejado ninguna dirección al portero y se había ido en un cabriolé con dos maletas... a Waterloo, pensó el portero.

Bueno, un hombre tiene derecho al monopolio de sus propios problemas, si así lo desea. Y yo tenía mis propios problemas que me mantenían ocupado.

II

Pasó más de un año cuando volví a ver a Haldane. Para entonces ya había alquilado habitaciones en el Albany y él se presentó allí una mañana, muy temprano, antes del desayuno. Si antes tenía un aspecto cadavérico, ahora parecía casi fantasmal. Su rostro parecía desgastado, como una concha de ostra que durante años ha sido arrojada al mar dos veces al día en una orilla llena de guijarros. Sus manos eran delgadas como las garras de un pájaro y temblaban como mariposas atrapadas.

Le di la bienvenida con cordialidad y le pedí que desayunara. Esta vez, decidí, no haría preguntas, porque vi que no eran necesarias. Él me lo diría. Tenía la intención de decírmelo. Había venido para decírmelo y para nada más.

Encendí la lámpara de alcohol, preparé café y le conversé un rato, comí y bebí y esperé a que empezara. Y así empezó:

—Voy a suicidarme —dijo—. No te alarmes —supongo que yo había dicho o mirado algo—. No lo haré aquí ni ahora. Lo haré cuando tenga que hacerlo, cuando ya no pueda soportarlo más. Y quiero que alguien sepa por qué. No quiero sentir que soy el único ser vivo que lo sabe. Y puedo confiar en ti, ¿no?

Murmuré algo tranquilizador.

—Me gustaría que, si no te importa, me dieras tu palabra de que no le dirás a nadie lo que te voy a contar mientras viva. Después podrás decírselo a quien quieras.

Le di mi palabra.

Se quedó en silencio mirando el fuego. Luego se encogió de hombros.

—Es extraordinario lo difícil que es decirlo —dijo y sonrió. —El caso es que ya conoces a esa bestia, George Visger.

—Sí —dije—. No lo he visto desde que regresé. Alguien me dijo que había ido a una isla u otra a predicar el vegetarianismo a los caníbales. De todos modos, ya no está en el camino, mala suerte para él.

—Sí —dijo Haldane—, ya no está en el camino. Pero no está predicando nada. De hecho, está muerto.

—¿Muerto? —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Sí —dijo él—; no es de conocimiento público, pero lo está.

—¿De qué murió? —pregunté, aunque no me importaba. El simple hecho me bastaba.

—Ya sabes lo entrometido que era siempre. Siempre lo sabía todo. Hablaba de corazón a corazón... y lo decía todo abiertamente y con transparencia. Bueno, se interpuso entre otra persona y yo... le dijo un montón de mentiras.

—¿Mentiras?

—Bueno, las cosas eran ciertas, pero él las convirtió en mentiras de la manera en que las contó, ya sabes.

Asentí.

—Y ella me abandonó. Murió. Ni siquiera éramos amigos. No pude verla... antes... ni siquiera pude... Oh, Dios mío... Pero fui al funeral. Él estaba allí. Lo habían invitado. Y

luego volví a mis habitaciones, y me quedé sentado, pensando. Y él se acercó.

—Espero que lo hayas echado.

—No, no lo hice. Escuché lo que tenía que decir: «Sin duda, todo fue para bien». Él no sabía lo que yo pensaba. Sólo había adivinado. Y había adivinado bien, maldita sea. ¿Qué derecho tenía a adivinar bien? Y dijo que todo era para bien, porque, además de eso, había locura en mi familia. Él también lo había descubierto...

—¿Y la hay?

—Yo no lo sabía. Y por eso era lo mejor. Entonces dije: «Antes no había locura en mi familia, pero ahora sí», y lo agarré del cuello. No estoy seguro si tenía intención de matarlo; debería haber tenido intención de matarlo. De todos modos, lo maté. ¿Qué dijiste?

No había dicho nada. No es fácil pensar en algo diplomático y apropiado que decir cuando tu más viejo amigo te dice que es un asesino.

—Cuando pude sacar mis manos de su cuello (era tan difícil como soltar las asas de una batería galvánica), cayó hecho un bulto sobre la alfombra. Vi lo que había hecho. ¿Cómo es que los asesinos son descubiertos?

—Supongo que son descuidados —me sorprendí diciendo—, pierden el valor.

—No lo hice —dijo—. Nunca estuve más tranquilo. Me senté en el sillón, lo miré, y lo pensé todo. Acababa de irse a esa isla, lo sabía. Se había despedido de todos. Me lo había dicho. No había sangre de la que deshacerse... o sólo un toque en la comisura de su boca flácida. Él no iba a viajar con su propio nombre por culpa de los entrevistadores. El equipaje de señor No Sé Qué quedaría sin reclamar y su camarote estaría vacío. Nadie adivinaría que el señor No Sé Qué era Sir George Visger. Todo estaba claro. No había nada de lo que deshacerse, excepto del hombre. Ni un arma, ni sangre... y me deshice de él sin problemas.

—¿Cómo?

Sonrió astutamente.

—No, no —dijo—; ahí es donde pongo el límite. No es que dude de tu palabra, pero si alguna vez hablas en sueños o tienes fiebre o algo así... No, no. Mientras no sepas dónde está el cuerpo estoy bien. Incluso si pudieras demostrar que he dicho todo esto (cosa que no puedes), no son más que los devaneos de mi pobre cerebro trastornado. ¿Lo ves?

Lo vi. Y lo sentí por él. No creía que hubiera matado a Visger. No era el tipo de hombre que mata. Así que dije:

—Sí, viejo amigo, ya lo veo. Ahora mira. Vámonos juntos, tú y yo, viajemos un poco, veamos el mundo, y olvidémonos por completo de ese tipo bestial.

Al oír eso sus ojos se iluminaron.

—Bueno —dijo—, tú lo entiendes. No me odias ni me rechazas. Ojalá te lo hubiera dicho antes, cuando llegaste y yo estaba empacando todas mis cosas. Pero ahora es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? En absoluto —dije—. Vamos, empacaremos nuestras cosas y nos iremos esta noche... hacia lo desconocido, ¿qué dices?

—Allí es adónde voy —dijo—. Espera. Cuando hayas oído lo que me ha estado sucediendo, no estarás tan entusiasmado por viajar conmigo.

—Pero me has contado lo que te ha estado sucediendo —dije, y cuanto más pensaba en lo que me había dicho, menos lo creía.

—No —dijo lentamente—, no; te he contado lo que le pasó a él. Lo que me pasó a mí es muy diferente. ¿Te conté cuáles fueron sus últimas palabras? Justo cuando me acercaba a él. Antes de que le hubiera agarrado por el cuello, me dijo: «Cuidado, nunca podrás deshacerte del cuerpo. Además, la ira es pecado». Ya sabes que él tenía esa actitud, pero no lo volví a pensar en eso durante un año. Porque sí que me deshice de su cuerpo. Y entonces estaba sentado en ese cómodo sillón y pensé: «Debe de haber pasado un año desde que...». Saqué mi cartera y me acerqué a la ventana para mirar un pequeño almanaque que llevo conmigo. Estaba anocheciendo y, efectivamente, había pasado un año, exactamente. Y entonces recordé lo que había dicho. Y me dije: «No es mucho problema deshacerse de tu cuerpo, bruto». Y entonces miré la alfombra de la chimenea y... ¡Ah! —gritó de repente y muy fuerte—: No puedo decírtelo... no, no puedo.

Mi amigo abrió la puerta; su rostro era suave y su curiosidad se retorció.

—¿Ha llamado, señor?

—Sí —mentí—. Quiero que lleve una nota al banco y espere una respuesta.

Cuando se deshizo de él, Haldane dijo:

—¿Dónde estaba?

—Me estabas contando lo que pasó después de mirar el almanaque. ¿Qué era?

—Nada importante —dijo, riendo suavemente—, oh, nada importante; solo que miré la alfombra y allí estaba él, el hombre que había matado un año antes. No intentes explicarlo o perderé los estribos. La puerta estaba cerrada. Las ventanas estaban cerradas. No había estado allí un minuto antes. Y estaba allí en ese momento. Eso es todo.

Alucinación, fue una de las palabras con las que me tropecé.

—Exactamente lo que pensé —dijo triunfante—, pero... lo toqué. Era completamente real. Pesado, ya sabes, y más duro que la gente viva al tacto; las manos eran más como una cosa de piedra y los brazos como una estatua de mármol con un traje de sarga azul. ¿No odias a los hombres que llevan trajes de sarga azul?

—También hay alucinaciones del tacto —me encontré diciendo.

—Exactamente lo que pensé —dijo Haldane más triunfante que nunca—, pero hay límites, ya sabes... límites. Entonces pensé que alguien lo había sacado, al verdadero él, y lo había dejado allí para asustarme, mientras yo estaba de espaldas, y fui al lugar donde lo había escondido, y estaba allí... ¡ah!... tal como lo había dejado. Sólo que... fue hace un año. Hay dos de él ahora.

—Mi querido amigo —dije—, esto es simplemente cómico.

—Sí —dijo—, es cómico. A mí también me parece cómico. Especialmente por la noche, cuando me despierto y pienso en ello. Espero no morir en la oscuridad, Winston. Ésa es una de las razones por las que creo que tendré que suicidarme. Así podría estar seguro de no morir en la oscuridad.

—¿Eso es todo? —pregunté, sintiéndome seguro de que debía serlo.

—No —dijo Haldane de inmediato—. Eso no es todo. Ha vuelto otra vez. Fue en un vagón de tren. Yo estaba dormido. Cuando me desperté, allí estaba él, tendido en el asiento frente al mío. Parecía exactamente el mismo. Lo arrojé a la vía en el túnel de Red Hill. Y si lo vuelvo a ver, me iré yo también. No lo soporto. Es demasiado. Prefiero irme. Sea como sea el otro mundo, no hay cosas así en él. Las dejamos aquí, en tumbas y cajas y... Tú crees que estoy loco, pero no lo estoy. No puedes ayudarme, nadie puede. Él lo sabía, ¿sabes? Dijo que no podría deshacerme del cuerpo. Y no puedo deshacerme de él. No puedo. Él lo sabía. Siempre supo cosas que no podía saber. Pero voy a interrumpir su juego. Después de todo, tengo el as de triunfo y lo jugaré. Te doy mi palabra de honor, Winston, de que no estoy loco.

—Mi querido amigo —dije—, no creo que estés loco. Pero sí creo que tus nervios están

alterados. Los míos también. ¿Sabes por qué fui a la India? Fue por ti y por ella. No pude quedarme a verlo, aunque deseaba tu felicidad y todo eso; tú sabes que lo deseaba. Y cuando regresé, ella... y tú... Basta, no seguirás imaginando cosas si me tienes a mí para hablar. Y siempre dije que no eras un viejo tonto.

—Le gustabas —dijo.

—Oh, sí —dije—, yo le gustaba.

III

Así fue como llegamos juntos al extranjero. Tenía muchas esperanzas en él. Siempre había sido un tipo espléndido, cuerdo y fuerte. No podía creer que se hubiera vuelto loco. Tal vez mis propios problemas me hicieron ver las cosas con más claridad. De todos modos, me lo llevé para que recuperara la salud mental, exactamente como debería haberlo llevado para que se fortaleciera después de una fiebre. Y la locura pareció pasar, y en un mes o dos estábamos perfectamente alegres. Creí que lo había curado. Yo estaba muy contento por esa antigua amistad que teníamos, y porque ella lo había amado y me había querido a mí.

Nunca hablamos de Visger. Pensé que se había olvidado por completo de él. Creí comprender cómo su mente, sobrecargada por el dolor y la ira, se había fijado en el hombre que odiaba y había tejido una red de pesadilla alrededor de esa personalidad detestable. Y yo había recibido el látigo de mi propio problema. Estuvimos tan alegres como muñecos de arena juntos durante todos esos meses.

Y finalmente llegamos a Brujas, atestada de gente debido a la Exposición. Sólo pudimos conseguir una habitación y una cama. Así que echamos a suertes la cama, y el que perdiera pasaría la noche lo mejor posible en el sillón. Las sábanas las compartiríamos equitativamente.

Pasamos la noche en un café y terminamos en una cervecería. Era tarde cuando regresamos a la Grande Vigne. Saqué la llave de su clavo en la habitación del portero y subimos. Recuerdo que hablamos un rato de la ciudad, del campanario y del aspecto veneciano de los canales a la luz de la luna. Luego Haldane se metió en la cama, yo me convertí en crisálida con mi parte de las mantas y acomodé en el sillón. No estaba nada cómodo, pero estaba cansado y casi dormía cuando Haldane me despertó para contarme su testamento.

—Te lo he dejado todo a ti, viejo —dijo—. Sé que puedo confiar para que te ocupes de todo.

—Así es —dije—, y si no te importa hablaremos de ello por la mañana.

Intentó seguir hablando de lo buen amigo que había sido y todo eso, pero lo callé y le dije que se fuera a dormir. Pero no. No se sentía cómodo, dijo. Y tenía una sed terrible. Se había dado cuenta de que no había ninguna botella de agua en la habitación.

—Y el agua de la jarra es como una sopa pálida —dijo.

—Está bien —dije—. Enciende tu vela y ve a buscar un poco de agua entonces, en nombre del Cielo, y déjame dormir.

Pero él dijo:

—No, enciéndela tú. No quiero levantarme de la cama a oscuras. Podría... podría pisar algo, ¿no? O tropezar con algo que no estaba allí cuando me acosté.

—¡Qué tontería! —dije.

Pero encendí la vela de todos modos. Se sentó en la cama y me miró, muy pálido, con el pelo despeinado y los ojos parpadeando.

—Está mejor —dijo. Y luego—: Oye, mira.

—Ah, sí, ya veo. Está bien. Es curioso cómo marcan las sábanas aquí.

—Maldita sea si no pensé que era sangre, aunque sea por un momento

La sábana estaba marcada, no en la esquina, sino justo en el medio, donde se dobla hacia abajo, con un gran punto rojo.

—Sí, ya veo —dije—, es un lugar extraño para marcarla.

—Es extraño que tenga letras —dijo. G.V.

—Grande Vigne —dije—. ¿Con qué letras esperas que marquen las cosas? Date prisa.

—Sí, significa Grande Vigne, por supuesto. Me gustaría que vinieras tú también, Winston.

—Bajaré —dije y me di la vuelta con la vela en la mano.

En un instante se levantó de la cama y estuvo cerca de mí.

—No —dijo—, no quiero quedarme solo en la oscuridad.

Lo dijo como lo hubiera dicho un niño asustado.

—Muy bien, ven conmigo —dije. Y nos fuimos.

Recuerdo que intenté hacer una broma sobre el largo de su pelo y el corte de su pijama.

Estaba casi bastante claro para mí, incluso entonces, que todo mi tiempo y mis problemas habían sido en vano, y que él no estaba curado después de todo. Bajamos lo más silenciosamente que pudimos y nos llevamos una jarra de agua de la larga mesa vacía del comedor. Al principio me agarró del brazo, pero después me quitó la vela y se fue muy despacio, protegiendo la luz con la mano y mirando con mucho cuidado a su alrededor, como si esperara ver algo que deseaba desesperadamente no ver. Por supuesto, yo sabía qué era ese algo. No me gustaba su forma de actuar. No puedo expresar en absoluto lo profundamente que me disgustaba. Miraba por encima del hombro de vez en cuando, tal como hizo aquella primera noche después de mi regreso de la India.

El asunto me puso tan nervioso que apenas podía encontrar el camino de regreso a la habitación. Cuando llegamos allí, te doy mi palabra de que esperaba ver lo mismo que él, eso o algo parecido en la alfombra. Pero, por supuesto, no había nada.

Apagué la luz y acomodé las mantas; las había estado arrastrando tras de mí en nuestra expedición. En ese momento, Haldane habló.

—Tienes todas las mantas —dijo.

—No, no las tengo —dije—, sólo las que tenía antes.

—Entonces no puedo encontrar la mía —dijo, y pude escuchar sus dientes castañetear—. Tengo frío. Tengo... ¡Por el amor de Dios, enciende la vela. Enciéndela. Enciéndela. Algo horrible...!

No pude encontrar las cerillas.

—Enciende la vela, enciende la vela —dijo, y se le quebró la voz, como a veces le ocurre a un niño—. Si no lo haces, vendrá a mí. Es tan fácil acercarse a cualquiera en la oscuridad. ¡Oh, Winston, enciende la vela, por el amor de Dios! No puedo morir en la oscuridad.

—La estoy encendiendo —dije con furia. Estaba buscando las cerillas en la cómoda de mármol, en la repisa de la chimenea, en todas partes menos en la mesa redonda del centro, donde las había dejado—. No vas a morir. No seas tonto —dije—. Está bien. En un segundo habrá luz.

—Hace frío. Hace frío. Hace frío —dijo tres veces.

Y luego gritó en voz alta, como una mujer, como un niño, como una liebre cuando los perros la tienen atrapada. Ya lo había oído gritar así una vez.

—¿Qué pasa? —grité, apenas menos fuerte—. Por el amor de Dios, no hagas tanto ruido. ¿Qué pasa?

Hubo un silencio vacío. Luego, muy lentamente:

—Es Visger —dijo.

Habló con voz ronca, como a través de un velo sofocante.

—Tonterías. ¿Dónde? —pregunté, justo cuando mi mano se cerró sobre las cerillas.

—Aquí —gritó con fuerza, como si hubiera desgarrado el velo—, aquí, a mi lado. En la cama.

Encendí la vela. Me acerqué a él.

Estaba aplastado en un montón al borde de la cama. Tendido detrás de él había un hombre muerto, blanco y muy frío.

Haldane había muerto en la oscuridad.

Todo era tan simple.

Habíamos llegado a la habitación equivocada. El hombre al que pertenecía la habitación estaba allí, en la cama que había contratado y pagado antes de morir de una enfermedad cardíaca, más temprano. Un comisionado de viajes francés que representaba jabones y perfumes. Su nombre era Félix Leblanc.

Más tarde, en Inglaterra, hice averiguaciones. En el túnel de Red Hill se había encontrado el cuerpo de un hombre: un mercero llamado Simmons, que había bebido alcohol de sales debido a la depresión del comercio. La botella estaba apretada en su mano muerta.

Por razones de seguridad, me ocupé de tener a un inspector de policía conmigo cuando abrí las cajas que me llegaron por testamento de Haldane. Una de ellas era la gran caja, forrada de metal, en la que le había enviado las pieles desde la India. Era un regalo de bodas, Dios nos ayude a todos.

Estaba bien soldada.

¿Dentro había pieles de animales? No. Los cuerpos de dos hombres. Uno fue identificado, después de algunas dificultades, como el de un vendedor ambulante de plumas en las oficinas de la ciudad, propenso a sufrir ataques. Había muerto en uno, al parecer. El otro cuerpo era el de Visger, claro.

Explíquelo como quiera. Le ofrecí, si recuerda, una variedad de explicaciones antes de comenzar la historia. Aún no he encontrado una explicación que pueda satisfacerme.